

UNA CARTA QUE ES UNA JOYA

Señor don Abel Dobles Ch. y demás camaradas del Directorio Limonense

P.

Estimados compañeros de ideas:

Cuando en la última reunión que ustedes tuvieron se habló de que el semanario obrero LA LUCHA, cuyos representantes en ésta lo son ustedes y cuyo más ferviente adepto soy yo, de que

se necesitaba el contingente de todos los trabajadores para sostener ese órgano de la clase oprimida, sentí deseos de tener el capital más grande del mundo para donarlo a la causa más santa que es la vuestra, donde encuentra refugio el obrero y donde se oyen sus quejas sin el mezquino interés de la política ni el dinero.

Pero no teniendo sino unos pobres colonejos ganados en la semana, remito a ustedes cinco colones por

si de algo pudieren servir a los gastos que demande el tiraje del gran semanario LA LUCHA del que soy un decidido soldado porque amo a este hermoso país muchísimo al ver que el obrerismo va estirando sus nervios y despierta al sol de futuros ideales.

De ustedes camaradas con todo cariño, atento servidor,

LISANDRO PORTILLO

Nota del Directorio de

Limón.—El señor Portillo es un valiente luchador y un leader del obrerismo, pero de aquellos que no tienen intereses creados. Hoy mismo se remite su contribución a San José y se le rinden las más expresivas gracias por ese gesto al compañero Portillo, quien es portador del recibo correspondiente.

El Directorio Limonense

del semanario LA LUCHA

SOBRE AVISO

Es muy común la creencia entre los trabajadores que sin el capitalismo nada se podría hacer, que toda cuanta riqueza existe se le debe al papel moneda y que el trabajo no representa más que un factor accesorio en constante relación con el capital, ya que sin éste aquel nada significaría.

Semejante juicio formado en el cerebro embrionario del trabajador, le conduce de una manera fatal al estado de degradación y miseria en todas sus manifestaciones, en que para su desdicha hoy se encuentra.

Al parecer de nada o muy poco ha servido, que después de ciento y pico de años en que el capitalismo apareció en escena, hasta nuestros días en que se encuentra en su máximo desarrollo, los dolores, miserias, vasallaje

y el desprecio más feroz a todo aquello que podría tener algún resquicio de humanidad, fue siempre su característica.

¿Qué es, pues, lo que estamos presenciando actualmente? no vemos que allí donde una empresa capitalista se establece, sus actividades se reducen con preferencia a anular toda iniciativa individual que se inspire en un principio equitativo, base sin la cual no será posible la armonía entre los hombres?

¿Acaso hemos olvidado la gran hecatombe mundial sin paralelo en la historia de la humanidad, y que constituye una de las mayores vergüenzas de la especie humana? Pues todo esto sencillamente no es más que un producto lógico fatal del mismo sistema.

Pues bien, el capitalismo como tal, no solamente no es necesario como medio para el desenvolvimiento de las actividades humanas, sino que es funestamente perjudicial e influye de una manera poderosa, haciendo que la guerra entre los hombres sea perpetua, mientras exista una institución que desempeñe como misión la defensa de éste.

No pretendamos de ningún modo buscar la causa determinante de nuestros males, en lugares que no existen, hagamos lo que el hortelano experto, que cuando descubre que un árbol produce frutos venenosos, no trata de averiguar si cambiándolo de lugar los puede dar mejores, porque sabe que el mal no reside en el terreno, sino que se encuentra en la raíz del mis-

mo árbol y por lo tanto recurre inmediatamente a su exterminio.

Sí, compañeros trabajadores, medita un poco esto, yo os invito y os persuadiré que lejos de ser los capitalistas los que os dan de comer como es vuestra funesta creencia, es el obstáculo que se opone a vuestro libre desenvolvimiento, puesto que no es posible la vida sin el trabajo, que es el que todos los días ejecutáis, y que por vuestra ignorancia el producto se lo entregáis a esos bandidos disfrazados de señores, que despilfarran de manera escandalosa, mientras vosotros morís prematuramente extenuados por el trabajo, o de hambre todos los días.

S. Lavín

DE HEREDIA

HOSPITAL O PRESIDIO

Cuando el viajero visita el Hospital de Heredia y ve sus amplios y cómodos salones, su salón para la maternidad, la sala de cirugía, y en fin, el arte con que ha sido construido, no puede menos que exclamar: ¡Dichosos los de Heredia! ¡Dichosos sus menesterosos que cuando pierden su salud, tienen donde recobrarla! Pero si vamos a la verdad, esa institución fue hecha para curar las buenas que allí habitan y que de esa viven, para un grupo que desco-

nece la misión a que se han comprometido; para unas personas que no piensan en que viven del pueblo herediano y sueñan que están en su propiedad para tratar con tanta dureza a sus víctimas (los enfermos) como a sus visitantes. Lástima que Heredia, teniendo una Junta de Caridad que se hace pasar por católica, no haga que el personal que regenta esa institución sea de la misma ciudad, tal vez tendrían un poco de amor para su pueblo; que se llame a

aquel que fue boticario y Director a la vez, al que supo ganarse el cariño de muchos pueblos cuando la catástrofe del Virilla, al que sirvió casi gratuitamente por el bien de esa institución, el mismo que se le pagó con la ingratitud en vez de figurar en la galería de los benefactores del Hospital. Así es esta Heredia, no tiene quien por lo menos pueda regentar un hospital, que tenga siquiera espíritu para atender a un enfermo.

El obrero u obrera debe

desear de todo corazón no quebrante su salud porque el delito de caer enfermo es castigado con echarlo en la jaula de las fieras humanas, conocido con el nombre de Hospital. Mejor se fa que los enfermos los enviaran a la cárcel, allí serían velados tanto de día como de noche tal vez con más amor y a sus visitantes los atenderían con más cultura.

Sí, sí; muy triste es ser pobre, de la ciudad de las flores.

Espía obrero